

á estrechar su alianza con él. En toda el Asia Menor no se veía ya un soldado turco en campaña, y los que no habían sucumbido ni podido ocultarse ó retirarse á las plazas fuertes ó á las sierras, habían huido á Europa, salvándose no pocos á bordo de los buques genoveses de Gálata.

Mientras Timur dió descanso al grueso de sus tropas en Citaia hasta fines del verano de 1402, sus hijos y nietos, con columnas más ó menos numerosas recorrían en diferentes direcciones la península asiática para someterla toda y de paso saquear y destruir lo que no podían llevarse. Brusa fué tomada en un instante, tanto que el príncipe Suleiman á duras penas pudo escapar y pasar á Europa, donde se fijó en Adrianópolis. Lo mismo sucedió con Nicea y Rindaco. Otra columna asoló los territorios de Aidin, Menteche y Sarujan; una tercera las comarcas de Hamid y de Tekke; y finalmente el khan reinstaló en sus devastados emiratos á los soberanos destituidos de Caramania, Kermian, Menteche, Castamuni, Aidin, Sarujan y otros territorios de aquella parte del Asia. El mismo príncipe Suleiman se encargó del gobierno de la Rumelia en Europa en calidad de vasallo del gran khan Timur, bajo cuyo cetro quedaron reunidas de esta manera, además de otros pueblos, todas las tribus de raza turca, y rebajada al nivel de las demás la de los otomanos.

La última acción de guerra notable que realizó Timur personalmente en el Asia Menor fué dirigida contra los cristianos romanos, á quienes odiaba más todavía que los griegos. A fines del año 1402 marchó con una parte de su ejército sobre Esmirna. Los caballeros de San Juan la habían fortificado de tal suerte que todos los esfuerzos del sultan Bayaceto para apoderarse de esta plaza habían sido vanos: pero Timur hizo cerrar el puerto con diques y socavar las murallas, y después en diciembre del mismo año, á pesar de la heroica resistencia de los caballeros de la orden, tomó la ciudad por asalto empleando torres de madera trasportables y otras máquinas de sitio usadas en aquel tiempo. La sangre corrió á torrentes; la población fué pasada á cuchillo y la ciudad destruida completamente.

En la primavera del año siguiente abandonó Timur con su ejército aquella parte del Asia convertida en un desierto, regresó á su capital Samarcanda y murió dos años después, en 19 de febrero de 1405, en una guerra que emprendió contra los chinos. Muerto Timur, desmembróse su inmenso imperio tan rápidamente como se había formado, y cesó de ser un factor influyente en la política del Occidente del Asia y de Europa.

CAPITULO II

LA CONQUISTA DE CONSTANTINOPLA POR LOS TURCOS

La destrucción del imperio turco por el khan mogol fué un suceso que bien aprovechado habría redundado en ventaja inmensa para el decrepito imperio bizantino, si este todavía hubiese conservado el espíritu de los Comnenos, de los Láscaris ó solamente el del primer Paleólogo; y si por su parte los magnates del Occidente hubiesen tenido suficiente inteligencia para utilizar las circunstancias favorables que les creó la muerte de Timur. Probablemente se habría podido entonces acabar para siempre con el dominio de los turcos en Europa, donde estaban todavía muy lejos de haber echado raíces sólidas, sobre todo cuando los hijos de Bayaceto se hicieron durante mucho tiempo guerra feroz por los jirones que habían quedado del imperio fundado y engrandecido por sus antecesores. Sin embargo pocos ejemplos ofrece la historia de igual ignorante descuido para utilizar ocasiones tan favorables como estas.

En el estado en que se hallaban las cosas es probable que en la Europa occidental se considerara apartado para siempre el peligro de los turcos; porque ningun gobernante ni estadista de aquellos países tenía entonces la más leve idea de la fuerza latente de las instituciones y organismos que habían creado Osman y sus poderosos sucesores. Además los potentados del Occidente se cuidaban muy poco á la sazón de las cosas del Oriente. La Francia estaba dividida y destrozada por partidos poderosos interiores, y además paralizada por guerras desgraciadas con Inglaterra, mientras el imperio alemán por su constitución era impotente para emprender nada sistemático fuera de sus fronteras. Las potencias italianas estaban ocupadas en otras contiendas más inmediatas y los pequeños soberanos de la península griega consumían sus fuerzas materiales é intelectuales en guerras y luchas locales por intereses particulares miserabilísimos. Por último, el gobierno de Constantinopla, aunque súbitamente se vió salvado de la ruina y de la muerte política, carecía de recursos materiales y morales para acabar la destrucción del poder turco que Timur había principiado. El imperio bizantino estaba reducido á la capital, á algunos retazos de territorio y á varias islas. La población estaba cansada; la miseria prolongada, sin un intervalo de prosperidad, durante tan largo período, la tenía rendida; el imperio algun día el más opulento del mundo, era pobre; de su imponente fuerza militar solo había quedado el recuerdo. Sin embargo la civilización, la cultura, las industrias, la instrucción y las letras bizantinas que formaban el fondo y espíritu intelectual del cuadro, eran cultivadas con la misma solícitud y cariño de siempre, bien que habían adquirido un carácter senil desde muchísimo tiempo. Las clases instruidas habían conservado sus finos modales, su ceremonial, sus costumbres dignas, elegantes y agraciadas; y las mismas mujeres en las familias bien educadas procuraban conservar la pureza del idioma griego; tanto que Constantinopla era todavía la primera capital del mundo por la cultura, la instrucción y la educación exquisita, como en los tiempos en que príncipes y reyes se juzgaban felices si podían enviar allí sus hijas cuando habían de dar rehenes á los emperadores. Desgraciadamente se habían conservado también los defectos de los bizantinos: el espíritu centralizador y fiscalizador del gobierno, la corrupción en la magistratura, y sobre todo la pasión por las polémicas eclesiásticas y el inflexible mantenimiento de la ortodoxia más severa, que distinguió á los bizantinos hasta la extinción completa de su imperio. Todo esto existía; pero ni en el pueblo ni en la nobleza se observaba un soplo siquiera de espíritu juvenil y emprendedor, ni del vigor y energía antiguos, que podían haber hecho nacer un rayo de esperanza en la salvación del país. Las únicas cualidades grandes que los jefes de la nación bizantina habían heredado y conservado de sus antepasados eran la tenacidad asombrosa con que defendían y sostenían su imperio que á tantos y tan formidables enemigos había sobrevivido; la constancia inflexible con que jamás cesaron de intentar la reconquista de los territorios que les habían sido arrebatados, y finalmente su diplomacia antigua tan activa, sagaz y sutil, apoyada hasta en este último período calamitoso de que ahora tratamos, en fuerzas armadas muy respetables. Gracias á estas nobles cualidades, consiguieron los últimos Paleólogos reincorporar á su ya menguado imperio territorios importantes arrebatándolos á sus dominadores ya francos, ya turcos.

El emperador Manuel se hallaba en París cuando recibió del caballero Chateaurant la noticia de la batalla de Angora juntamente con la de la expulsión de los mahometanos establecidos en Constantinopla y la de la destrucción de su mezquita por el pueblo de la capital cuando supo la derrota

del ejército turco. Los turcos expulsados se establecieron no lejos de la capital en la aldea de Kinidi. El emperador salió de París el 14 de noviembre de 1402 y emprendió su viaje de regreso. Detúvose en la Morea por asuntos políticos, y hasta el año 1404 no llegó á Constantinopla. Allí aprobó en seguida el convenio de vasallaje hecho por su sobrino con el khan mogol; y encargándose otra vez del gobierno, envió á Juan VII á Lemnos con el encargo de aprovechar la ocasión, que pronto se ofreció, de ganar para sí un territorio conquistado á los turcos.

Bayaceto había evacuado varias plazas bizantinas, entre ellas Selimbria, en 1401 para engrosar con sus guarniciones su ejército contra Timur; pero de esta circunstancia no podía sacar ninguna ventaja el emperador bizantino, porque ni por la vía diplomática ni menos con sus fuerzas propias podía hacer una guerra eficaz á los hijos del sultan, y la historia para ser justa ha de aprobar y reconocer su conducta prudente al aceptar las proposiciones que el príncipe Suleiman le hizo antes de su regreso á Constantinopla. Este hijo de Bayaceto que, como dijimos en su lugar, se había fijado en Rumelia en calidad de vasallo del khan mogol, por lo que pudiera suceder en vista de la tendencia de sus hermanos á sacudir el yugo de los mogoles, procuró trabar amistad con el imperio bizantino, con los soberanos francos de la península griega y especialmente con Venecia. Por los esfuerzos de Pedro Zeno, príncipe soberano de Andros, que se había ofrecido á servir de intermedio, se pactó en el año 1403 un convenio entre el joven sultan de Adrianópolis por una parte y las potencias coligadas siguientes por otra, á saber: el emperador de Constantinopla, la república de Venecia con sus islas, la de Génova con Chio, y la orden de San Juan. Según este convenio, quedaban abiertos todas las plazas y puertos marítimos turcos á los comerciantes de las potencias firmantes sin aumento de impuesto, ni de derechos; ningun buque de guerra turco podría pasar los Dardanelos sin autorización especial del emperador y de las demás potencias firmantes; el sultan de Rumelia hacía varias concesiones á los venecianos y genoveses, y restituía al emperador la plaza de Salónica con su territorio, y otro muy considerable al Norte de Constantinopla; y por último renunciaba al tributo que hasta entonces le habían pagado el emperador, el rey Estéban de Servia, el duque de Naxos, y las sociedades mercantiles de Chio y de Focea.

A consecuencia de este arreglo, llegó también Antonio I Acciajuoli, el aliado de los turcos, á hacer sus paces con Venecia en 31 de marzo de 1405, cediéndole la república á Atenas con su castillo en cambio de reconocerse vasallo de Venecia por este ducado. Sin embargo quedaron algunas dificultades que no llegaron á zanjarse hasta dos años después.

Por lo pronto quien más ganó en el tratado hecho con Suleiman fué el emperador Manuel, porque los turcos entregaron á su general Demetrio Leontario la importantísima plaza de Salónica con una parte de la costa de Tesalia y Macedonia, las comarcas y ciudades marítimas desde Panio hasta Mesembria en el Mar de Mármara y Mar Negro, y las islas de Esciros, Esciatos y Escopelos. Yusuf y Casim, los hermanos menores de Suleiman, y su hermana Fátima pasaron á Constantinopla en calidad de rehenes, y Manuel dió por esposa á Suleiman, su sobrina, hija de Teodoro de Misitra.

Después Manuel cedió á Salónica y su territorio á su sobrino y co-emperador Juan VII que con esto renunció á sus derechos al gobierno general.

Suleiman por su parte quedó con las manos libres para sofocar la sublevación que dos hijos del último rey de Bul-

garia habían suscitado en su país por el año 1405. En cambio le dió mucho en qué pensar el gran poder que adquiría en el Asia Menor, Mahomed, el más capaz de sus hermanos. Este después de la batalla de Angora se había dirigido hacia el Este y había ocupado á Tocat y Amasia, á pesar de todas las persecuciones del khan mogol y de los repetidos ataques de columnas mogolas, turcomanas y seldyúcidas, con las cuales peleó con tanto valor como talento. Así adquirió tanta fama y autoridad, que cuando las fuerzas del khan Timur se dirigieron otra vez al interior del Asia, le fué fácil hacerse dueño paso á paso, á fuerza de energía y habilidad, de todos los territorios del imperio de su padre en el Asia Menor.

Primero propuso Mahomed á su hermano mayor Isa que se había establecido en Brusa, repartirse amistosamente las provincias asiáticas del imperio de su padre; pero no accediendo Isa á tal repartición estalló entre los dos hermanos la guerra en el año 1403. Mahomed marchó con sus fuerzas desde Boli al encuentro de su hermano, tomó los desfiladeros de Tumanich defendidos por Timurtach, y encontrando al ejército de Isa cerca de Ulubad (Lopadion) lo derrotó completamente. Timurtach murió en la batalla; Isa huyó á Constantinopla, y Mahomed entró vencedor en Brusa, donde se le juntó después su otro hermano Muza con los restos mortales de su padre que hasta entonces había guardado en Citaia donde el emir Yacub-beg de Kermian le había dado hospitalidad. Entonces fué depositado el cadáver de Bayaceto con todos los honores en la mezquita construida por él.

Noticioso Suleiman de la llegada de Isa á Constantinopla, le llamó á su corte de Adrianópolis, y luego en 1404 le envió como lugarteniente suyo con un ejército al Asia Menor. Allí Isa supo poner de su lado á los emires seldyúcidas, pero no consiguió más; en todos los encuentros fué vencido, y derrotado finalmente cerca de Brusa huyó á Caramania donde murió. Entonces Mahomed dirigió sus armas contra los emires de Aidin, Sarujan, Menteche y Kermian, cuyos territorios incorporó sin grandes dificultades á su imperio, organizándolo todo con gran talento y energía.

Tampoco Suleiman quiso conformarse con reinar en la parte europea del imperio de su padre, y dejar á su hermano las provincias del Asia, y para expulsar á Mahomed, se alió con Dchuneid, soberano de Esmirna, cuyo padre había sido gobernador de Aidin por el sultan otomano. A últimos del año 1404 pasó con sus fuerzas disponibles los Dardanelos y tomó á Brusa. En 1405 conquistó con el auxilio del gran visir Ali todo el territorio hasta Angora, tomando esta ciudad y la fortaleza de Selasel. Viéndose ya perdido Mahomed, alióse con el emir de Caramania que había dado asilo á su hermano Muza, y entre ambos convinieron en enviar atrevidamente á este último á Europa para hacer la guerra á Suleiman en su país, en Rumelia. El vaivoda Mircha de Valaquia se encargó de conducir al príncipe en un buque por el Mar Negro á su territorio junto á las Bocas del Danubio, donde no tardó en tener á su disposición un ejército para abrir la campaña en Rumelia, donde muchos jefes militares descontentos de Suleiman por su vida desordenada y libertina, se pasaron á Muza, al cual también ofrecieron su auxilio los serbios. Con esto Muza hizo tantos progresos, que Suleiman hubo de despertar de su vida de placeres y regresar á toda prisa á Europa. Cerca de Constantinopla, en las inmediaciones de Cosmidion ó orillas del Cuerno de Oro, se empeñó la batalla decisiva entre los ejércitos de los dos hermanos, saliendo destrozado completamente el de Muza, por la traición de algunos jefes turcos, y de las tropas serbias que se pasaron á Suleiman. Muza huyó y pudo salvarse en la Valaquia; pero Suleiman al mismo tiempo que vencía en Europa, perdía en Asia todo lo que había ganado, quedando